

dose fieles a la dictadura del proletariado y al modelo soviético que era su opuesto, desarrollaban, desde los años 30 con la estrategia de frente popular una práctica política democrática y unitaria que no correspondía ni al objetivo de la dictadura del proletariado, ni a la línea política stalinista.

Pensar la transición en los países capitalistas avanzados es pues, producir a la vez los conceptos adecuados (A.I.E., inversión, hegemonía); criticar, cuando es necesario, a las experiencias socialistas en curso; en fin, "hacer el análisis concreto de la situación concreta". Esto lleva a una apreciación más fundamental del papel de la democracia, a una revalorización del sufragio universal como arma política, necesaria, aun cuando no sea suficiente y, finalmente, implica una nueva concepción del papel del partido comunista. Ciertamente, éste sigue siendo el partido de vanguardia, pero no debe ser considerado como el representante exclusivo de la clase obrera y menos aún, el único poseedor del marxismo.

De tal manera que el papel atribuido en otro tiempo al partido hoy le corresponde a lo que Carrillo denomina "la nueva formación política", o sea, al instrumento de hegemonía del conjunto de las "fuerzas del trabajo y de la cultura", "algo análogo a una confederación de partidos políticos y de organizaciones sociales diversas..."

Sólo esta concepción puede permitir "superar la escisión de los años 20 y lograr una nueva convergencia fundada en el socialismo científico y en la democracia".

Traducción de Liliana de Riz.

La política ha muerto, viva la política

Jean-François Corallo, "La política ha muerto, viva la política", en: *Dialectiques*, núm. 22, 1978, páginas 77-83.

La obra de Julliard, *Contre la politique professionnelle* * se presenta como una reflexión, desde la perspectiva de la autogestión, acerca de un objeto específico: la necesidad de "desprofesionalizar la política". El panfleto, el estudio histórico, el análisis sociológico, la teoría política: aspectos todos de la demostración central, "para que la política se transforme en algo para todos es necesario que deje de ser todo para algunos" (p. 11).

¿La condición necesaria, es también suficiente? Todo lleva a pensar que el nexo entre estas dos proposiciones, el vínculo entre "la autogestión" y la "desprofesionalización de la política" es más complejo. En este nexo complejo el que se quiere presentar, tal como se desarrolla en los tres aspectos del libro: *un análisis de la coyuntura, una teoría de los intelectuales y de la política, una tentativa para pensar la articulación entre democracia y política.*

I. Un análisis de la situación francesa

Hacer aparecer una disyunción entre el lugar actual de la política y los otros dominios de la realidad social, ésa es la función del análisis de la unión de la izquierda por el que comienza la obra. En efecto, a partir del momento en que esta unión es en el plano social "una bolsa en la que entra de todo", es necesario

* Seuil, 1977.

que su función se encuentre en otra parte: en los intereses electorales de los partidos signatarios.

En primer lugar, el P.C.F. Dada la especificidad de la situación francesa (un partido socialista fuerte), el partido comunista estaba condenado a la siguiente alternativa: el aislacionismo o la unión de la izquierda. Teniendo en cuenta el hecho de su constante rechazo a reconocer errores y cambios de línea, este partido se formó una reputación de infalibilidad que le hacía aparecer como "el punto fijo de referencia con relación al cual se definen las nociones de derecha e izquierda" (p. 25). A partir de ese momento, por poco que el P.C.F. busque la unión y que el P.S., para construir un partido fuerte, decida aliarse a los comunistas (estrategia defendida victoriosamente por Mitterrand en Epinay), es necesario que esta alianza se exhiba como una alianza progresista: "la Unión de la izquierda".

Esta alianza electoral de las izquierdas es para Julliard uno de los aspectos de la especificidad francesa: la integración de la clase obrera en la vida política y su exclusión de la comunidad social. Un breve estudio histórico muestra que este aspecto de la unión siempre estuvo separado de "las exigencias particulares de una situación concreta":

a) Cuando la unión existe, es bajo la presión de una institución electoral (designación por orden a los Estados Generales bajo el antiguo régimen; escrutinio mayoritario de la Quinta República), y

b) Cuando se rompe, es bajo la presión de elementos exteriores (ejemplo: la existencia de la Unión Soviética en la primera mitad del siglo XX).

Conclusión: "Se comienza a comprender que la unión de la izquierda es un concepto eminentemente político en el que la precisión de las fronteras partidarias triunfa sobre las delimitaciones sociales" (p. 28).

Julliard, después de esta reflexión sobre la política de la izquierda, se interroga acerca de las aspiraciones actuales de las masas. Primera constatación: hay un desfase entre las dos. Basta considerar las nacionalizaciones y la incapacidad de estas medidas para hacernos salir del modelo industrial actual, en el que "el trabajo se convirtió en un fin y el producto en un medio". La sociedad contemporánea tomó conciencia de estos problemas y ha dejado de dirigirse ciegamente hacia la institución política para tratarlos: lo que ella reclama hoy es también su emancipación con respeto a los políticos. Julliard cree encontrar esta reivindicación en las aspiraciones de un cierto número de movimientos: los sindicatos, en los que la evolución muestra el deseo de los trabajadores de participar en la definición de la política económica; los movimientos ecologistas que, más allá de los temas, han cambiado la manera de hacer política, acentuando la idea de una sociedad que tomaría en sus manos sus problemas concretos sin pasar por la intermediación de los partidos; finalmente mayo del 68, en el que las acciones y los discursos parecían responder a una misma consigna: desprofesionalizar la vida política.

De este modo, el desfase entre los problemas de las masas y la respuesta de los partidos es para Julliard simultáneamente objetivo y subjetivo: *objetivo*, porque problemas y respuestas no se corresponden; *subjetivo*, porque uno de los actores (las masas) rechaza la relación misma problema-respuesta. *Allí donde están*

las masas, en el lugar posible de la democracia, la política no está, al menos en su forma actual.

¿Es esta discordancia irremediable?, o, por el contrario, ¿es posible concebir un partido político de nuevo tipo, expresión de las aspiraciones populares? Muchos se sentirían mal teniendo que adaptarse: es el caso del P.C.F., que ha mostrado en su historia la tendencia a ver a esas aspiraciones venidas de afuera como mistificaciones. Pero, la incapacidad de transformarse en este sentido es un rasgo, en general, de todos los partidos que defienden la primacía de la política. Así, "nuestros trotskystas y otros autoritarios de extrema izquierda no logran, a pesar del *aggiornamento* de su vocabulario, concebir la revolución de otro modo que como la dominación absoluta de la esfera política. En este sentido, son políticos clásicos" (p. 77). Por el contrario, el éxito del P.S. se explica por su habilidad para "captar y canalizar las nuevas sensibilidades del cuerpo social" (p. 103); habilidad que podría estar en la base de un destino histórico posible, convertirse en un lugar de encuentros entre las diversas aspiraciones de la sociedad civil.

Queda por plantearse la cuestión de la utilidad actual de un partido político de tipo tradicional: Julliard la aborda en lo que respecta al P.C.F. en el capítulo titulado "¿Para qué sirve el P.C.I.?" Allí explica cómo, hasta una fecha reciente, "su legitimidad reposaba en un doble sistema de referencias míticas": La Unión Soviética y la dictadura del proletariado: "Georges Marchais hizo explotar todo eso..."

¿Qué función desempeña este análisis de la coyuntura en la economía de la obra? Una función de intervención política, ciertamente. Pero

también la de ser una ejemplificación de la tesis de la separación entre los problemas de la toma del poder y los problemas sociales. Julliard intentará en otras páginas fundar teóricamente esta separación.

II. Los intelectuales, la política

El estudio del funcionamiento del poder está aquí dividido en dos partes: una teoría del personal estatal, o sea de los intelectuales en tanto que clase social, y una teoría del papel de la política.

La teoría de los intelectuales se articula de manera muy precisa con el análisis de la coyuntura: ¿quién nos asegura que las medidas del Programa Común son las deseadas por las clases a las que pretende defender? Respuesta: los firmantes del Programa Común. ¿Quiénes son los signatarios del Programa Común? Respuesta: los funcionarios del Estado y los intelectuales. Julliard propone, pues, bosquejar "una situación de clase de los intelectuales" e interesarse particularmente en la fracción de "funcionarios" de esta clase.

Una constatación inicial: el número de intelectuales (cuadros, maestros...) no dejó de crecer. Estos no pueden ser ya más considerados como una simple categoría que está en estrecha relación con las grandes clases: la principal significación de mayo del 68 es una afirmación de la *intelligentsia* como actor social pleno. Es necesario, pues, romper con esta tendencia de la "literatura marxista" que niega el *status* de clase a las capas intermediarias y, particularmente, a los intelectuales, ya que éstos, por su importancia cuantitativa y su cohesión, pueden comportarse como agentes sociales autónomos. Julliard propone distinguir dentro de esta clase de los intelectuales a: 1) los

“intelectuales profesionales” (libertad de actividad, intervención en la realidad social concebida como una totalidad; 2) los “intelectuales especializados” (actividad registrada, bien definida), y 3) el personal político. Las dos últimas categorías representan para Julliard a “la clase estatal por origen y por destino”, clase que en principio es muda: el derecho a emprender y decidir puede delegarse: “La colectividad queda identificada con una persona moral, el Estado, quien, a su vez, se encarna en una serie de personas físicas: los funcionarios [...] en el sentido más amplio del término e incluyendo también a los servidores elegidos y a los designados por el Estado” (p. 114).

Este principio, esta “doctrina del socialismo monopolista de Estado”, sigue siendo mayoritaria en la izquierda francesa: es el “marxismo militante” (el que, por ejemplo, está de moda en el P.S., en oposición al marxismo académico en crisis e incapaz de explicar la realidad económica y política). Este marxismo militante es “tanto al Este como al Oeste, la filosofía de los intelectuales en tanto que clase dominante” (p. 52).

Se reconoce la función de esta “situación de clase de los intelectuales”: ella permite justificar sociológicamente la separación política/social y explicar —para distinguirse— los mecanismos de confiscación del poder en las sociedades socialistas. “Así como el capitalismo es el régimen que confía la dirección de la economía a los empresarios privados y, la autogestión es el régimen que apunta a otorgarla a los trabajadores mismos, el socialismo clásico es el régimen que otorga la dirección de la economía a la *intelligentsia* de Estado” (p. 53).

Junto al análisis sociológico la teoría política: Julliard se propone estudiar la función de la política en la

vida social; para ello, comienza por denunciar dos concepciones falsas:

a) La política como ilusión, como encubrimiento de lo que existe verdaderamente, en sus dos variantes: el anarquismo y el tecnocratismo (un problema político no es sino un problema técnico mal planteado), y

b) La política omnipresente, la voluntad de ver en la política “lo global con relación a lo particular, lo revolucionario con relación al reformismo” (p. 65). Para Julliard, esta concepción oculta una intervención dirigida a resituar el problema en el marco del enfrentamiento político entre partidos.

Julliard identifica aquí dos concepciones de la política omnipresente:

- Una concepción que expresa a través del término “política” la necesidad de una acción estructural en la sociedad (lo global por oposición a lo particular, lo revolucionario como opuesto al reformismo), y

- Una concepción que asigna a los partidos políticos la tarea de todo conductor.

A partir de esta asimilación, de estas dos concepciones de la política omnipresente, toda acción estructural será analizada (y rechazada) como tentativa de reintegrar una determinada acción en la política de los partidos y, por lo tanto, en el dominio de la lucha por el poder. La ilusión a) será denunciada como totalitarismo de la sociedad civil, la ilusión b) lo será como totalitarismo del Estado. Julliard puede entonces, a partir de la crítica de estas dos ilusiones, proponer un programa que resume la cita de Edouard Berth: “Lo que se necesita es devolver al Estado y a la sociedad civil su independencia recíproca y su recíproca libertad de mo-

vimiento, acotando el dominio de cada uno" (p. 78).

Consecuencia: Dado que cuestionar la independencia de uno de estos dos dominios es caer en una de las dos ilusiones denunciadas, esta relación-disyunción entre Estado y sociedad civil debe permanecer invariable. De hecho, es "a través de un desarrollo de las relaciones contractuales reglamentadas por el derecho, o sea, a través de una regla exterior, que tiene lugar la emancipación individual" (p. 76), y es así mismo que el dominio político de una sociedad autogestionada "deberá acotarse a las instituciones: la política debe regresar a la acción institucional" (página 155). Julliard puede entonces definir el papel del Estado en una sociedad que permitiría a cada uno ejercitar la función de empresario (definición de la autogestión tomada de Rosanvallon): El Estado, en su calidad de institución que ejerce legítimamente el monopolio de la represión, tendría un papel jurídico y un papel de intervención para impedir la reconstitución de desigualdades. Esta teoría de la relación Estado-Sociedad civil trae aparejada, como consecuencia más destacada, el abandono de la teoría marxista del comunismo:

a) El Estado no desaparece, y

b) La extracción de plusvalía, la explotación, no desaparece: "Pero sabemos bien que allí ya no reside lo esencial. Lo esencial se sitúa hoy en el manejo de esa plusvalía" (p. 156).

Más allá de esta teoría de la autogestión veamos qué es lo que está en juego en este doble análisis. Por una parte, por la "situación de clase de los intelectuales", Julliard señala el peligro de una confiscación del poder popular. Pero, por otra parte, al reducir toda acción estructural a una ac-

ción inscrita en el juego partidario, el autor se impide pensar las articulaciones "acción política en o por el Estado/acción política fuera del Estado"; "acción política de los partidos/acción política de las masas". Para Julliard, pues, la lucha contra la confiscación del poder popular debe situarse fuera de estas articulaciones. Ello conduce a lo siguiente.

III. Democracia y política

Desde el inicio, un análisis del sistema representativo. Julliard distingue dos conceptos: el aspecto deliberativo de un sistema representativo (fundado en la deliberación de una o varias asambleas) y su aspecto representativo propiamente dicho. En la medida en que es deliberativo, el sistema es liberal; en tanto que es representativo, no es un sistema democrático. Esta afirmación tiene dos fundamentos:

a) Si bien puede ser representativo desde el punto de vista político, no lo es desde el punto de vista social.

b) En su principio mismo, la representatividad es un perjuicio para la democracia. Tomando a Rousseau y Hobbes como apoyos, se puede mostrar que la soberanía no se delega, que toda delegación es fuente de absolutismo. "En efecto, ¿cómo podría el pueblo ser soberano si no se expresa más que una vez cada cinco años, mientras que los representantes lo hacen con carácter permanente?" (p. 124).

La consecuencia de este análisis es: el camino para una solución no consiste "en un mejoramiento de la representación, sino en su control y, sobre todo, en su limitación en beneficio de la **gestión directa**" (p. 126).

El aspecto concreto de la confiscación del poder es el sistema de parti-

dos: "En las democracias modernas se denomina partidos a los instrumentos colectivos de confiscación del poder de los mandantes en beneficio de los mandatarios; o, si se prefiere, otro vocabulario de confiscación del poder popular en beneficio de la clase política" (p. 127). Precisemos: Hay muy pocas personas que tienen las posibilidades, desde el comienzo, de ser designadas como candidatos para las elecciones. Por otra parte, el pueblo no participa en las elecciones de los candidatos: hay cooptación de éstos por parte de los miembros de los estados mayores políticos. *Hay, pues, una clase política.*

Se puede, a partir de este momento, proponer un esquema de sociedad que presente una doble línea divisoria: una oposición vertical, clases explotadoras/clases explotadas, una oposición horizontal, capas dirigentes/masas dirigidas. Por oposición al marxismo, que quiere hacer de la segunda demarcación un subproducto de la primera, para Julliard se trata de un "fenómeno específico y estructural". *El problema de la democracia se sitúa, así, fuera de la lucha de clases.*

El problema puede ser localizable de manera más precisa. En efecto, para Julliard, el carácter tecnoburocrático de los partidos resulta de su pretensión totalizadora (encarnar una concepción del mundo), lo que los hace asimilar el interés del partido y el interés de la nación. Es necesario, pues, deshacerse de la concepción del partido como intelectual colectivo. El partido no tiene que proporcionar teorización. Del mismo modo, y evocando a Einstein como representante del P.C.F., surge la mente al socialismo [...]. Pero me rehúso a adherirme espiritualmente. Quiero seguir siendo dueño de mi sistema de valores" (p. 134).

En el curso del análisis, el problema de la democracia ha sido desplazado: se le asignó como causa "la pretensión de los partidos de tener respuesta para todo". El problema encuentra su punto de llegada en una reforma de los partidos.

Al final del camino, algunas medidas y una concepción del partido; medidas para desprofesionalizar la política: la limitación de la carrera política a dos mandatos, la prohibición de acumular mandatos, el desarrollo del *referendum*. En este marco de una política desprofesionalizada, el partido aparece como regulación de la autogestión: "Ya que el riesgo de una autogestión extendida progresivamente a la vida política es la ausencia de proyecto de conjunto, de problemática de conjunto, por carencia de elementos motores [...]. Ya que la decisión democrática no existe sin deliberación y la deliberación implica la confrontación de proyectos diversos y aún contradictorios, la democracia tiene, pues, necesidad de fuerzas con proposiciones organizadas, aptas para animar el debate" (p. 153).

Contra la política profesional

Una trayectoria que parte de la autogestión (o de la democracia) para llegar a la desprofesionalización de la política, por lo tanto, un esfuerzo original, destinado a resolver el problema de la confiscación de la soberanía popular. Los hitos de este itinerario son:

a) Una doble separación Estado/sociedad civil: diferencia radical de funciones, conflicto autónomo dirigentes/dirigidos.

b) Eso implica un rechazo a pensar la política como lugar de articulación entre dos tipos de conflictos: un conflicto por el Estado y un con-

flicto fuera del Estado. En Julliard, la política es reenviada al Estado.

c) A partir de entonces, y ante la necesidad bien planteada de una "limitación de la representación en beneficio de la gestión directa", la solución no puede ser buscada en una limitación en acto, en un proceso de limitación que consistiría en la articulación conflictual y siempre cambiante entre los organismos de "gestión directa" y los organismos representativos, sino en un límite (en el sentido de la expresión "limitar las depredaciones") del papel del Estado, unidad posible a través de medidas reformadoras de desprofesionalización.

Traducción de Liliana de Riz.

El nuevo príncipe

Umberto Cerroni, *Teoría del partido político*, Editori Riuniti, 1979, 102 pp.

Producto de un seminario sobre teoría política del socialismo, que se llevó a cabo en Todi, provincia de Perugia, en 1975, este trabajo está determinado por una preocupación substancial: la necesidad de la democracia. Con esta necesidad en mente Cerroni afronta los problemas del partido político moderno y apunta las tareas más urgentes que a éste corresponde implementar, sobre todo en el ámbito de las democracias occidentales.

La premisa que sustenta la elaboración del autor es que para comprender el partido político moderno debe estudiarse el origen de aquellos partidos que se reclaman a los ideales socialistas. Las organizaciones partidarias modernas se distinguen por dos características esenciales: un programa lo suficientemente ar-

ticulado como para ser sancionado por escrito y un mecanismo organizativo estable. Son los partidos socialistas quienes conjugan por primera vez, en la historia de la lucha política, ambas características. Con este punto de vista, Cerroni propone al partido del socialismo como "un prototipo histórico-teórico" y señala la necesidad de analizar su génesis y desarrollo para poder explicarnos tanto el nacimiento del partido político moderno, como los problemas de la democracia política en general.

Ahora bien, la emergencia de los partidos socialistas se encuentra ligada indisolublemente al movimiento obrero. En la fundación de dichos partidos podemos leer la conclusión de un largo proceso de luchas obreras y también el proyecto de una clase para cambiar los mecanismos de la sociedad. En este sentido, y siguiendo los postulados de la teoría política expuesta por Antonio Gramsci, Cerroni enfatiza que es ineludible una rápida incursión en la historia del movimiento obrero, la cual no es otra cosa que la prehistoria social del partido del proletariado. El autor distingue tres etapas en el desarrollo organizativo del movimiento obrero: la fase "pre-política", una segunda que llama "fase política intrauterina" y la tercera que designa con el nombre de "fase política extrauterina o estatal". La primera corresponde al momento en que el proletariado moderno reconoce la necesidad de unirse con el fin de defenderse como clase. Prevalecen los intereses económicos y el contenido corporativista. La segunda rebasa estos intereses y comienza a penetrar lo que Cerroni llama "horizonte político de la convivencia estatal"; aquí nace el partido político del proletariado, sin embargo, éste "expresa una política que es todavía la política de un sujeto subal-